

Klaus Modick  
CONCIERTO SIN POETA

TRADUCCIÓN DE JORGE SECA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2021  
TÍTULO ORIGINAL: *Konzert ohne Dichter*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

La traducción de esta obra ha recibido  
una subvención del Goethe-Institut



© Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln, 2015  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-14-9  
DEPÓSITO LEGAL: CC-254-2021  
IMPRESIÓN: KADMOS  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o  
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

El autor agradece al *Deutscher Literaturfonds* por la beca con la que se auspició el nacimiento de este libro

«Hay tantas cosas que no se han pintado, tal vez ninguna.»  
*Worpswede*, RAINER MARIA RILKE

I

WORPSWEDE

7 DE JUNIO DE 1905

Susurros. Jirones de sueños. Batir de alas. ¿Quién está hablando? Unas aves migratorias de color gris dan vueltas alrededor de una torre oscura; sus chillidos son roncas llamadas de reclamo, canciones en idiomas incomprensibles. Sobre los humedales de turbera y con los reflejos del río y de los canales, las trayectorias de sus vuelos trazan patrones irregulares, orgánicos. ¿O acaso se desliza ese cuchicheo en la habitación filtrándose desde la marea imparable del amanecer que está dudando si ha llegado ya su hora?

Se levanta, se pone la bata de color azul noche, mitad kimono japonés, mitad túnica noble medieval. El bordado, una pareja de ruiseñores que picotean en zarzas espinosas, lo ha diseñado él mismo, como todo cuanto aquí lo rodea, desde el gran lecho de madera de abedul pulida, pasando por las lámparas, los candelabros y el papel pintado, hasta la cómoda de color blanco mate. En toda la casa, desde el caballete del tejado hasta la bodega, no hay ninguna habitación ni apenas un objeto del que no se haya ocupado ni moldeado, y aquellas cosas que no ha elaborado él mismo están colocadas y arregladas de tal modo que se ajustan a sus ideas y a sus representaciones, a su imaginario y a sus deseos.

Abre la puerta de dos hojas del balcón y dirige la vista por encima del terreno todavía oscuro del jardín florido hacia el bosquecillo de abedules al que debe su nombre la casa:

Barkenhoff.<sup>1</sup> También plantó los árboles él mismo hace años, tronquito a tronquito para que se viera la casa desde la carretera a través de la trama de rayas finas, como si la naturaleza pintara su propio cuadro. Sin embargo, con la luz crepuscular de ahora, el verde tierno de las hojas sigue recubierto por el rocío gris de la noche, y los troncos claros se entretajan formando un enrejado negro. ¿Están cerrando la puerta al mundo? ¿O lo están encerrando a él en su propia obra, en la casa y en la finca, con la mujer y los hijos, y los caballos, y el perro, y los muchos invitados que vienen y van?

En el jardín y en los terrenos de la finca, él siempre se siente muy cercano a cada árbol y a cada arbusto: los va a ver cada día, los ayuda en su crecimiento, los abona, les procura sostén, los poda y los coloca en la dirección que parece adecuada a cada organismo. Todo tiene un aspecto exuberante, está dispuesto con mucho donaire, y los frutos maduran, esparcen sus semillas, y los árboles crecen y muestran su obstinación particular, contra la cual no hay nada que hacer. Así pues, su jardín es una obra de arte que ha cobrado vida, que ha crecido en el mundo real. Sin embargo, en algún momento te despiertas de un sueño de años, de un letargo voluntario y profundo de bella durmiente, y comienzas a comprender que no has creado ninguna isla de armonía ni de belleza, sino una prisión cercada por setos y vallas, muros y barrotes de abedul.

Vuelve a oír otra vez esos susurros. Como mujeres cuchicheando. Pero ahora sabe que son alondras, cuyas voces flotan desde los abedules como diluidas a través del aire del rocío. ¿Qué dicen esas voces? ¿Que todavía no es de día, pero que ya tampoco es de noche? Puede que los poetas sepan esas cosas y encuentren las palabras idóneas para ellas.

Ahora bien, esas voces no se pueden dibujar, como tampoco la brisa nocturna que vaga imperceptible por el jardín y

<sup>1</sup> *Barkenhoff* significa «finca de los abedules» en bajo alemán.

que rodea la casa como de puntillas; la música no puede dibujarse tampoco.

Éste es uno de los motivos de que le saliera rana el cuadro grande con el que estuvo deslomándose durante años. Muestra a unos músicos, pero no hay sonido. Permanece mudo. Y los atentos oyentes no perciben nada. Están sordos. Por esta razón, *Concierto* tampoco es un buen título. En la publicación en la que se anuncia la exposición de arte que se inaugurará mañana, un supuesto especialista elogia el cuadro de esta manera: «Es un himno susurrante a la paz vespertina, con una dosis muy elevada de realismo, sin afectación y lleno de una música de sonidos líricos con plena sensibilidad, un momento solemne, una casta alegría de vivir encerrada en sí misma, un deleite ingenuo alejado de la amplitud y del tiempo». Ese experto no dice lo que ve, sino lo que quiere ver; y la manera de decirlo, con ese elevado temple patético y con ese lirismo pasado de rosca, suena como una mala parodia del poeta que falta en el cuadro. Tendría que haber estado sentado entre Paula y Clara, igual que se sentaba entre las dos por aquel entonces, cuando apareció por la Barkenhoff, un genio enigmático, precoz, con cuyas palabras y miradas se derretían las mujeres. Sin embargo, ahí donde habría tenido que estar sentado hay un asiento vacío, y por ello *Concierto sin poeta* sería un título más apropiado.

Paula siempre llamó al cuadro simplemente *La familia*, pero esa familia se desmorona, ya se ha desmoronado. Las dulces palabras del poeta hace mucho tiempo ya que no la mantienen unida, tan sólo siguen sonando a ideologías huecas, a los sermones de un charlatán. No obstante, *La familia rota* no sería un buen título. Las estrellas comienzan a palidecer, y el azul fugitivo de la noche se ve acorralado desde el este por el vislumbre verdoso de la mañana de verano. ¿No sería mejor el título de *Atardecer de verano*?

¡Como si lo importante fuera el título! Se encoge de hombros, bosteza, desfigura la boca con una sonrisa apagada, regresa



a la habitación. Pasa una uña por las cuerdas de la guitarra colgada de la pared. Está desafinada. ¿Cuánto hace ya que no la toca? Desafinada como tantas otras cosas en esa casa, desafinada como su vida.

Ahora ya no podrá volver a dormirse. Dará un paseo, bajará al río, se adentrará en la mañana que va penetrando en la casa en silencio con un brillo sonrosado y que pronto, casi con estrépito, irá incrementándose desde un rojo intenso hasta una sinfonía de colores que lo abarcará todo. Se pone una camisa basta de lino, de rayas blancas y azules, y un pantalón de algodón azul, una tosca indumentaria de trabajo con la que se siente a gusto.

La pinta de bohemio estilo *biedermeier* con la que se presenta al mundo, con el cuello de la camisa alzado y el fular, el chaleco y la levita, las polainas hasta las rodillas, el sombrero de copa y el bastón, se le ha vuelto algo ajena, ridícula y penosa, pero puesto que el mundo quiere verlo así, volverá a interpretar mañana otra vez ese papel. Es el cuento de hadas de Worpsswede y su príncipe azul. Él se vende de la forma en que debe venderse un príncipe azul que mima su hogar con rosales y abedules en mitad de los humedales, y que al lado de las grávidas y sombrías construcciones típicas de paredes entramadas se construye una casa de paredes blancas y ventanas luminosas. Ha creado una obra de arte total de estilo propio y ha colocado su figura en el centro. Y hasta ahora ha entregado siempre todo lo que le han pedido con fiabilidad y puntualidad, con muy buen gusto y exquisitez, y, en cuanto personaje artístico, se incluía de inmediato en la venta. Hoy viajará a Bremen y mañana proseguirá su camino hacia la Exposición de Arte del Noroeste de Alemania. Para ello se embutirá en su disfraz, en su traje de artista, y la gran duquesa o el gran duque, cuyo uniforme de gala también es solamente un disfraz, le concederá la Gran Medalla de Oro del Arte y la Ciencia. Por el atardecer estival, por el concierto sin poeta, por la familia rota.

Sale descalzo al pasillo, abre silenciosamente la puerta que da a la habitación azul, echa un vistazo al espacio en el que duermen sus hijas. Casi cada noche, cuando están en la cama, les lee algo. Bajo el tejado inclinado, sumergido en el azul sosegador de las paredes, el cuarto de las niñas parece una jaima en la que los días acaban con un cuento y las noches comienzan con un cuento; los hay divertidos y tristes, breves y largos. En esas horas entre el día y el sueño reina una magia luminosa en la que las letras se convierten en palabras habladas y entre la boca que relata y los oídos que escuchan con atención se forma un puente invisible mientras el gato, acurrucado a los pies de una de las niñas, da su aprobación con un ronroneo. Algunas veces, cuando las chicas ya se han quedado dormidas, sigue leyendo un ratito más, tal vez para insuflar algunas palabras en sus sueños, pero quizás también porque no quiere dejar de leer en voz alta dado que de ahí surge eso que la muda lectura rutinaria de los adultos no conoce ya: el sonido. Esto lo ha aprendido de Rilke, quien recita sus poemas de tal forma que suenan como conjuros mágicos o como oraciones. Sólo que Rilke no sabe ni quiere saber nada de niños ni de niñas, ni siquiera de su propia hija.

Vogeler sigue caminando hasta el dormitorio de su esposa. Las cortinas están corridas. Oye su respiración acompasada en la oscuridad. Enciende un fósforo. Con ese débil resplandor, el tono verdoso de las cortinas de seda de la cama con dosel cubre su cara y le confiere aspecto de enferma. Ya no es la chica de la que se enamoró a primera vista, ya no es la mujer delicada y liviana de los cuentos de hadas que ha retratado con sus pinceles una y otra vez y que debía imperar en calidad de reina en el Estado de la belleza y ser, a la vez, la joya más noble. Así es como quiso él moldearla, convertirla en su criatura. Así es también como la trasladó a su cuadro, en cuanto dueña etérea de la Barkenhoff que mira con ensoñación hacia unas lejanías inconcretas. Ese cuadro miente. Es una monumental mentira

de la vida, de un metro setenta y cinco de alto por tres metros diez de ancho. La verdad se halla ante él en el parpadeo del fósforo. Con los dos partos, Martha se ha vuelto más robusta y posee la anchura de una campesina, y el tercer embarazo la aflige ahora igual que una sombra enferma, pesada y verdosa. Pronto será la viva imagen de la madre de ella, que ha dado a luz a una criatura tras otra en habitaciones mohosas.

Se sobresalta cuando el fósforo que se apaga le chamusca el pulgar y el índice. Los avatares, la inexplicable arbitrariedad de la vida. Cada día le resulta más incomprensible por qué le ha tocado vivir ahora, y no antes ni después, por qué vino al mundo. Le han dado una vida que él no ha pedido, y se la quitarán sin consultárselo. ¿No es su anhelo de vida especialmente grande siempre que cree, como en este preciso momento, que ha perdido el rumbo? ¿Desea algo más de verdad? ¿No lo tiene ya todo y en exceso? Escucha el ritmo cada vez más acelerado de su corazón. La vida es más intensa que cualquier arte, la vida cotidiana cubre por completo todo lo creado. Ahora que está casi terminada, su casa se llena de hartazgo y de convencionalismo, de inercia y de rutina. Ahora, en la cúspide de su éxito temprano, demasiado temprano, su arte le parece somero e insípido, y en su vida hermosa, demasiado hermosa, se abren grietas como los craquelados en una pintura al óleo.

Abajo, en el vestíbulo, se pone los zuecos de madera. Junto al aparador grande, sobre el que se hay unas jarras de estaño y unos candelabros de plata junto a la loza floreada de azul y amarillo, cuelga un bodegón en la pared de color ocre. Es de Paula. Tonos blancos, plateados de un mantel, un vaso de agua y una botella. El negro profundo de una sartén con unos huevos fritos. El amarillo cálido de las yemas de esos huevos. Debajo, el amarillo frío de un limón cortado por la mitad. Sencillo. Sincero. Claro. Uno cree poder oler el aroma de los huevos fritos, poder degustar el frescor del limón. Paula sabe pintar los olores. Tal vez sabría incluso pintar la música, un

concierto que no sólo se vea, sino que uno crea estar oyéndolo. Un cuadro adquiere su fuerza no por lo que se pinta, sino por lo que rodea a las pinceladas y a las formas, lo que las hilvana como una red invisible, algo que está ausente y, precisamente por ello, especialmente presente, como el poeta ausente. Sí, Paula hace lo más osado y lo mejor que se ha pintado jamás aquí, en Worpsswede. Y de Paula, cómo no, no hay un solo cuadro en la exposición...

Después de pasar por entre las urnas que reposan en la balaustrada, baja por la escalinata del jardín, con las paredes que ondean hacia el exterior, toma el camino del río y se vuelve para mirar la minuciosa simetría de la casa. Las urnas a ambos lados del frontón se corresponden con las urnas estilo imperio de la escalinata, se alzan con palidez cadavérica desde el gris del amanecer, y, por encima del tejado, la noche, que va desapareciendo, se lleva una última estrella. Las ventanas miran fijamente como sombrías cuencas de ojos, y, en el jardín, aún dormido, la casa se alza con una gran frialdad, como si su armonía curvilínea se hubiera congelado o entumecido. Los escalones, que siempre emanan un algo tentador y expectante, o que deberían emanar eso en todo caso, sobresalen con displancia. ¿Qué deberían esperar? ¿Acaso un milagro?

Levanta los hombros con un escalofrío. Las dudas han comenzado a roerlo igual que un gusano en una manzana de los árboles que él protege y cuida. Presiente lo infructuoso de sus esfuerzos por simular una armonía y escenificar un mundo paradisíaco frente al telón de fondo de la Barkenhoff. La grieta atraviesa el centro del mundo que creó. Se construyó una casa, cuyo lado que da al jardín, con su escalinata señorial, es una fachada y trasluce cierta impostura. Sin embargo, en la parte antigua de la casa, en el hogar campesino, pervive todavía su amor por las cosas sencillas, por la honradez artesanal y por esa claridad y sinceridad que caracterizan también los cuadros de Paula.

A través de prados de landas y a lo largo de terraplenes y de zanjas bordeadas por abedules, robles y genistas, llega caminando al embarcadero en el que está amarrada su barca. Se sienta en la bancada con los codos en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. El oscuro río pantanoso se abre con sigilo y borbotea contra la proa. En los juncales y los cañaverales se oyen los chillidos de las aves acuáticas. En el verde del amanecer se mezcla por el horizonte un destello dorado que se va abriendo en abanico por encima de la tierra. Las praderas se despiertan. Las avefrías blanquinegras echan a volar con un torpe batir de las alas, pero ya en su elemento se mueven libres e ingravidas por el cielo. En algún lugar están afilando una guadaña.

Empuña los remos, conduce la barca a través de esbeltos lirios de agua y nenúfares, juncos y cañas; durante un rato rema sin rumbo, sin ningún propósito, hasta la cabaña medio en ruinas con el defectuoso tejado de paja enteramente cubierto por el musgo. A los poetas y a los pintores siempre les ha gustado venir aquí, de manera especial a los pintores con sus modelos. Acampaban en la orilla cubierta de hierba, ataban cuerdas entre los troncos de los abedules y colgaban farolillos hechos con papeles de colores, y en las noches azules destellaban entonces los vestidos claros y, en ocasiones, también el blanco de la desnudez.

Las cañas alcanzan aquí una altura tal que, desde la orilla, es imposible ver a quien está sentado en la barca, y desde la barca sólo puede divisarse el tejado agujereado de la cabaña. Se saca la pipa del bolsillo, la llena despacio y con cuidado, y, cuando va a prender el tabaco con el fósforo, oye de pronto una voz. Un murmullo ininteligible, en voz baja. Un canto monótono. Un tartamudeo rapsódico. Una voz que suena a incienso, la voz de alguien que reza...

—... ya está rezando otra vez.<sup>2</sup>

Lina, la gobernanta, más vieja que Matusalén, debió de sentir un recelo rayano en el espanto ante aquel extraño huésped que, procedente de un viaje por Rusia, apareció por la Barkenhoff a finales de aquel verano de hechizo. Se instaló en la buhardilla que daba al patio de trabajo. Cuando caminaba por el jardín con su *rubashka* verde sujeta con un cinturón y con las botas de cuero tártaras, de abigarrado tafilete en los pies, portando una libreta en la mano, como el pastor en la iglesia acostumbra a sostener su libro de oraciones, y mascullando algo para sí en un volumen creciente y decreciente, deteniéndose a veces y garabateando algo con un lápiz, entonces a la supersticiosa Lina le asaltaba el miedo de que aquellos murmullos quizá no fueran oraciones en realidad, sino hechizos, conjuros mágicos, sortilegios o imprecaciones.

Tal vez sólo temía que ese extraño santo pudiera ir al pueblito con su vestimenta exótica y exponer toda la Barkenhoff a las malas lenguas, al descrédito y al desprestigio con sus inquietantes atuendos. Desde que los artistas descubrieron Worpswede y se establecieron en ese lugar con sus amigos venidos de grandes ciudades y de países lejanos, se habían visto por allí todo tipo de trajes carnavalescos y una facha de lo más pintoresca, vale, pero es que Rilke se llevaba la palma.

Fuera lo que fuera, Lina estaba ofendida.

—El tío ese lleva la camisa por fuera del pantalón.

Y luego, cuando iba de un lado a otro de su habitación con la camisa colgando por encima de los pantalones, y sus botas rusas creaban un ritmo lento e irregular sobre las tablas del suelo, y a veces su voz se volvía tan fuerte que traspasaba las vigas hasta abajo, entonces Lina se detenía en el vestíbulo, aguzaba los oídos con gesto perturbado y señalaba al techo con su mano arrugada, torturada.

<sup>2</sup> En bajo alemán en el texto original.